

La disolución de la Gran Colombia

Bolívar resuelve dividir la Gran Colombia antes de la rebelión de Valencia.—La Confederación de los Andes.—El Libertador felicita a Páez.—Instiga la separación de Venezuela en 1830.—Su responsabilidad en la extinción de la Gran Colombia muy superior a la del León de Apure.

(Concluye. Véase el número anterior).

El Libertador desoyó a los que sólo deseaban su felicidad, y pasa ahora a manos de Páez, Urdaneta, Flórez. El León de Apure, al recuerdo de las palabras de Morillo de que había hecho un beneficio a Bolívar al matar a los abogados, sentíase afligido por no haber hecho lo mismo con los «que cayeron a su lado». Juan José Flórez aconsejaba a Bolívar que si la Convención de Ocaña no se mostraba complaciente, debía disolverla sin miramientos «pues la verdadera gloria consiste en vencer, y nosotros (los militares) no estamos en el caso de recibir la ley cuando podemos darla».

Rafael Urdaneta dice a Bolívar, recomendándole asumir el Poder discrecional: «En mi opinión, las tropas de Colombia son los primeros ciudadanos de la República, y cuando ellas hablan, su voz es más penetrante que la de otros». El General Mariano Montilla explica a Bolívar sus métodos de gobierno en el Magdalena, del siguiente modo: «El primero que me chiste en este Departamento, aunque esté relacionado con la familia de Jesucristo, lo emplumo, o lo guindo si se tratasen de vías de hecho.»

¡Y estos eran los hombres con quienes gobernó Bolívar a la Gran Colombia en sus últimos años!

Llega el Libertador a Bogotá y estudia con el Gobierno el plan de la Confederación. El Vicepresidente se mostró tibio hacia la idea predilecta de Bolívar, pero éste lo comprometió a escribir al general Santa Cruz en solicitud de informes sobre ella. En el Perú decía el Libertador que la capital de la Confederación sería Lima, y en Bogotá trata de atraerse al Ministro Castillo y Rada, cartagenero, a su proyecto de dividir la Gran Colombia en varios Estaditos, con el halago de que Cartagena sería la Sultana de América. El Gobierno de Colombia no se entusiasmó con la colosal idea de Bolívar, pero tampoco se atrevió a objetarla y decidió aguardar hasta el regreso del Libertador, de Venezuela, para iniciar las negociaciones necesarias con el Perú y Bolivia.

Bolívar, ya resuelto a crear las tres Repúblicas colombianas, se despoja de eufemismos y dice a Santander: «LA COSA DE PÁEZ NO ES NADA». (Archivo Santander).

¡Oh Bolívar, la cosa de Páez no era nada, porque tampoco Colombia era ya nada en tu corazón!

Y a Páez—¡oh desvío supremo!—lo abraza y lo felicita por su criminal rebelión. De Bogotá, el 15 de noviembre, despacha a su Edecán, el general Ibarra, con la siguiente carta para Páez, rescatada ha poco de secular olvido, y que causa infinita tristeza:

«He sabido todos los males que padece mi país nativo, los peligros que corren mis primeros y más grandes amigos y compañeros de armas, los que me han dado gloria y me han llevado hasta el Potosí, los hijos de Venezuela, aquellos que han formado montones de cadáveres de sus propios cuerpos para elevarme sobre toda la América. He dicho altamente que usted ha tenido derecho para resistir a la injusticia con la justicia, y al abuso de la fuerza con la desobediencia... Usted no ha roto ni el pacto social de Colombia ni la fraternidad que lo ligaba, y sólo ha rechazado un acto inicuo y torpe. Eso es todo. No deje usted correr mi carta por nada de este mundo, pues un secreto descubierto es un arma para el enemigo; guarde usted

Prólogo de la Conferencia Panamericana



(Vida Mexicana, México, D. F.)

mucho esta carta como la llave de mis designios». (1)

Si tales eran sus palabras a Páez, decía a Santander, pocos días después, respecto de la guerra del oriente de Venezuela: «Esta guerra va a ser muy cruel y durará tres y cuatro años; en ella están empleados los más viles canallas que tiene la tierra, los hombres más perversos que se conocen».

El general Páez se apresuró a contestar a Bolívar:

«He recibido la carta verdaderamente consolatoria que usted me escribió con fecha 15 del mes próximo pasado a su llegada a Bogotá; ella es y será la obra sublime de la ternura, de la amistad y del más heroico patriotismo. Usted presenta en ella su alma a

(1) Carta publicada por el académico historiógrafo venezolano señor Carlos A. Villanueva, «El Imperio de los Andes», pág. 273. El original reposa en el Instituto de Francia. Destácase en ella la simpatía que tuviera el Libertador hacia los granadinos, hacia los que decidieron la campaña de Carabobo, hacia los que constituyeron en su mayor parte los ejércitos que ucre llevé al triunfo en el Perú.

los venezolanos grande, desinteresada, desnuda de pasiones... Nada me deja que desear. ¿Pero qué satisfacción no es para mí encontrar que usted, superior a todas las intrigas y a los tiros ocultos de la malicia, permanezca tan amigo mío, como lo era antes, y conozca que todos mis pasos desde el principio de esta resolución se han dirigido a conservar el respeto, la deferencia y el amor que le profeso? Estoy satisfecho con que mi resolución no haya sido desaprobada por usted y lo estarían todos los venezolanos si yo les pudiera presentar su carta». (1)

Bolívar escribió al general Heres, Ministro de Guerra del Perú, desde Tunja, el 4 de diciembre de 1826:

«En los ocho días que he permanecido en Bogotá no me he ocupado de otra cosa que de penetrar al Vicepresidente y Secretarios de la necesidad de adoptar el plan de la Confederación de los seis Estados y creo que el Vicepresidente lo apoyará con todo su influjo. Hemos convenido en que no se reuna el Congreso y que se convoque la Gran Convención, y entonces será fácil consagrar el derecho de aquello que existe ya de hecho. VENEZUELA QUEDA DE HECHO INDEPENDIENTE y será la que dará pasos más avanzados en este plan, porque destrozada por las pasiones exaltadas y por los intereses encontrados, vacilante, sin gobierno y llena de miseria, lo abrazará con gusto. Todo el Sur lo desea con ansia y la Nueva Granada no podrá quedar aislada en medio de dos Estados que abrazan sus extremos».

Arlequiesca fué, pues, la retumbante expedición militar que condujo el Libertador a Venezuela con el propósito ostensible de someter a Páez. Cuando la mayoría del pueblo venezolano, las regiones de Angostura, Cumaná, el Zulia, los Andes y Puerto Cabello estaban en armas contra Páez, se presenta el Libertador en su tierra natal con un fuerte ejército. El hijo del Apure se conserva impávido ante tan formidable coalición; mira con desdén la jauría que lo acosa, pues bien sabe que ya Colombia era un estorbo para Bolívar, y el Gobierno de Bogotá, otro mayor. El Libertador necesitaba de una base poderosa para imponerse a Santander si éste persistía en defender la Constitución de Cúcuta, y ninguna mejor podría hallar que en los brazos de Páez. Ya con el apoyo de Venezuela, Quito y el Perú, doblegaría a la Nueva Granada a sus proyectos de Confederación y de Constitución Boliviana, según él mismo lo expresó por aquel tiempo.

Tan seguro estaría Bolívar de la adhesión de Páez que se introduce solo en el campamento del llanero y lo proclama «EL SALVADOR DE LA PATRIA». Divino premio tan del agrado de Páez, que en 1830 repite la misma acción para merecerlo de nuevo. Lo colmó de honores y vituperó a los que habían sostenido a Colombia. El General Bermúdez y otros ardientes defensores de la legitimidad, cayeron en desgracia de Bolívar. Las fuerzas

(1) O'Leary, *Memorias*, Tomo II, pág. 70. Valencia, 18 de diciembre de 1826.